



Facultad de
Humanidades y
Ciencias
de la Educación



Instituto de
Educación

LA SIGNIFICACIÓN DE LOS VALORES EN EL PENSAMIENTO DE HEINRICH RICKERT

María Guadalupe López Filardo¹

Resumen

En este artículo se abordan algunas ideas que hacen posible comprender la significación de los *valores* en el pensamiento rickertiano. A partir de los postulados de la teoría kantiana del conocimiento, Rickert se plantea la necesidad de indagar el problema del *conocimiento histórico*, y en su búsqueda, advierte el papel que desempeña la noción de *valor* en la labor del historiador. Llega así a una solución axiológica del problema del saber histórico, para concluir que no hay ciencia de la historia sin *filosofía de la historia*. Persuadido de la necesidad de mediar en torno a un sistema comprensivo de los *valores culturales*, Rickert afirma que no hay filosofía capaz de construir tal sistema con meros conceptos, puesto que el mismo solo puede determinarse extrayendo de la vida histórica, los valores universales y formales

¹ María Guadalupe López Filardo. Licenciada en Ciencias Históricas (Orientación Historiología): Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UDELAR). Profesora de Historia: Instituto de Profesores Artigas (ANEP/CFE). Doctorando en Historia: Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Actualmente se desempeña como Profesora de Historia en Educación Secundaria y como Profesora de Teoría y Metodología de la Historia y de Historia de la Historiografía en el Instituto de Profesores Artigas. Contacto: mnfmgl@adinet.com.uy

que subyacen en su contenido, y estableciendo los supuestos valorativos de la cultura.

Palabras claves: *Ciencia de la Cultura – Filosofía de la Historia – Teoría de los Valores*

Abstract

This article considers some ideas that make possible the understanding of values in de rickertian thought. Beginning with the postulates of the kantian theory of knowledge, Rickert presents the need to study the problem of historical knowledge, and in his search, he notices de role that the notion of value has in the work of the historian. He thus arrives to an axiological solution of the problem of historical knowledge, to conclude that there is no science of history without philosophy of history. Persuaded of the need to mediate around a comprehensive system of cultural values, Rickert states that there is no philosophy capable to construct such system with mere concepts, because this system can only be established drawing from historical life, the universal and formal values that underlie in its content, and establishing the value suppositions of culture.

Key words: *Science of Culture – Philosophy of History – Theory of Values*

Distinguir entre ciencia y filosofía de la historia es, sin duda, una tarea sumamente compleja. Si se entiende que la investigación del pasado es suscitada y orientada por intereses y valores particulares, cabría preguntarse si acaso en toda interpretación histórica, no subyace cierta especie de filosofía. Evidentemente, es posible - como se ha comprobado - desentrañar la filosofía implícita en los grandes historiadores. Y de hecho, ya sea que se trate de la relación entre el individuo y la colectividad, de la relativa importancia de las unidades políticas o de los regímenes económicos, de la dependencia o independencia de las ideas respecto de la infraestructura social, o de las influencias recíprocas entre los diversos factores de la historia, es posible descubrir en toda obra histórica, una teoría que pudo estar parcialmente sugerida por la investigación misma, pero que, obviamente, la ha precedido y dirigido. En este sentido, tendería a suprimirse la discusión entre ciencia y filosofía, pues aquella descubriría que no puede cumplirse más que penetrándose de filosofía, y ésta, que no puede alcanzar la verdad concreta más que en contacto con los hechos.

Posiblemente el pensamiento de Heinrich Rickert (1863-1936) sobre la caracterización científica de la historia, debió haberse enlazado con sus ideas sobre la filosofía de la historia, que aparecen claramente expuestas en sus obras "*Ciencia cultural y ciencia natural*" (1899) e "*Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*" (1924). En este último libro su autor expresa que la filosofía de la historia es interpretación del sentido de devenir, mientras que en el primero alude a ella después de haber señalado que el problema de la objetividad de la historia, el concepto de historia universal y el de un *sistema de las ciencias culturales empíricas*, contribuyen a situarnos fuera de las valoraciones efectivas empíricamente dadas.

Pero la individualidad del objeto histórico no es más que su relación con determinados valores culturales que presiden la elaboración conceptual del conocimiento histórico y valen como sus criterios de elección. La cultura es pues, la realización histórica de los valores y su interrelación constituye el *sentido* de la cultura. En el proceso histórico los valores – que subsisten en sí, independientemente de su eventual realización por obra de los hombres – dan

origen a las distintas formas de cultura, mientras que la historicidad encuentra su fundamento en la relación de la actividad humana con un mundo trascendente, que es justamente, el mundo de los valores.

Partiendo de un planteamiento neocriticista, Rickert llega de esta forma a una interpretación metafísica del proceso histórico, que encuentra su base en la *teoría de los valores*.

ENTRE CIENCIAS DE LA NATURALEZA Y CIENCIAS DE LA CULTURA

Así como Kant relativizó el saber de lo natural desde el punto de vista gnoseológico, Rickert, siguiendo a Windelband – al distinguir entre el carácter nomotético de las ciencias naturales y el carácter ideográfico de las ciencias históricas –, establece una distinción similar en algunos aspectos y diferente en otros. Procura derivar de tal distinción, las características objetivas de la naturaleza y del mundo de la cultura. La misma realidad se presenta como naturaleza o como cultura, según el punto de vista desde el cual se la considere: la naturaleza es la realidad referida a lo general, determinada por una estructura de leyes, mientras la cultura es la realidad referida a lo individual, es decir, constituida por un conjunto de hechos y de relaciones particulares. De ahí la división entre ciencias *generalizantes* y ciencias *individualizadoras*, relativizada en el plano metodológico.

Kant ya había realizado una crítica al sentido ontológico de los grandes conceptos científicos, negándoles validez fuera de nuestro conocimiento, pero asignándoles plena objetividad, pero Rickert va mucho más allá, entendiéndolo que la conceptualización naturalista (o “generalizadora”), no es el resultado de categorías universales, sino del empleo de ciertos métodos guiados por determinados intereses. Podemos considerar los hechos en su correcta peculiaridad (tal como se presentan), o bien, en su generalidad (en que el individuo apenas cuenta). Lo que define en cada caso si hemos de ceñirnos al individuo o al grupo, es el *valor*.

De aquí se desprenden entonces, dos métodos posibles: el generalizador y el individualizador, propio de las ciencias de la cultura.

Esta diferenciación no se funda en la naturaleza de los objetos considerados, sino en el tipo de pensamiento empleado. En principio, un mismo objeto podría ser considerado desde un doble punto de vista: como objeto de alguna de las ciencias naturales o de alguna de las ciencias culturales. La definición entre estos dos modos de pensar se halla en la base de la división entre *ciencia natural* y *ciencia cultural*. La primera trata sus objetos abstrayendo de los casos particulares las leyes generales que se aplican a la totalidad, mientras que la segunda se ocupa de lo individual (aunque esto no signifique prescindencia de relaciones de causalidad, puesto que tales relaciones son particulares y no generales).

De manera que, mientras la ciencia natural se desarrolla con independencia de valores y valoraciones, la ciencia cultural está estrechamente vinculada a ellos.

La lógica del conocimiento histórico

Rickert se pregunta por las condiciones que hacen posible una reconstrucción del pasado con pretensiones de ser universalmente verdadera. Su filosofía de la historia comienza por una lógica del conocer, es decir, por la formación de conceptos articulados en un juicio, pues entiende que *pensar* es sinónimo de *juzgar*.

Como respuesta, encuentra en la teoría de los valores el principio de la historia universal, vale decir, la dialéctica de la razón histórica.

Compartiendo con Windelband la idea de los supuestos básicos neokantianos relativos al carácter intemporal y universalmente válido de los juicios éticos y morales, y la fe en la posibilidad de un conocimiento objetivo (tanto en las

ciencias naturales como en las históricas), Rickert destaca que la infinitud del mundo - tal como es percibida - desafía el poder de entendimiento.

“La realidad sensible, inmediatamente dada, de la que parte toda ciencia empírica, se presenta, tanto en su totalidad como en todas sus partes, como una multiplicidad absolutamente inabarcable, imposible de ser representada en su totalidad, aún en el caso de que la ciencia quisiera intentarlo. El contenido de todo juicio que enuncie algo sobre la realidad ha de ser, comparado con ésta, una enorme simplificación. En esto puede considerarse a la ciencia también como una traducción del material sensible intuitivamente dado, en formaciones del pensamiento, para las cuales convendría quizá usar la denominación de concepto, para distinguirlas de la intuición. En un proceso conceptual transformador radica entonces el elemento constitutivo del método de una ciencia, que es de primordial importancia para la observación de las diferencias lógicas. La metodología ha de investigar, pues, la forma en que las distintas ciencias forman sus conceptos.” (Rickert, 1961: 42)

La ciencia está formada de juicios aplicables a lo real y no de las imágenes que lo reproducen. A fin de subyugar lo infinito, la ciencia se vuelca sobre un objeto finito y del conflicto entre la infinitud de la percepción y la finitud de la ciencia, se derivan las condiciones fundamentales del conocimiento. Toda ciencia vence al infinito (que es el mundo tal como se ofrece a la percepción, y al otro infinito en intensidad, que es cualquier objeto o suceso), y sólo la manera de hacerlo permite distinguir unas ciencias de otras. “Los modos fundamentales de esa victoria vienen a ser dos: o se explica lo real con ayuda de leyes, o se lo organiza en un devenir singular y se selecciona su materia refiriéndola a los valores”. (Rickert, 1961; 54-63 y 64-76)

Conceptos colectivos individualizadores

Toda ciencia utiliza palabras, que únicamente pueden cumplir su función, si suponen una significación exacta, es decir, si corresponden a conceptos. El concepto doblega lo infinito, impide perdernos en la inacabable generalidad de

lo real, ya sea en el complejo de cualidades que afectan a un objeto, o bien en la recolección indefinida de objetos heterogéneos. “El concepto es general por cuanto vale para una serie de casos particulares”. (Rickert, 1961: 57-58)². Por lo mismo, toda ciencia que inexorablemente utilice conceptos, será general. A su vez, todo concepto puede ser analizado en juicios y tendrá validez en tanto los juicios que implica sean válidos; y éstos lo serán en la medida que la relación sea necesaria. Los conceptos adquieren entonces significado, si corresponden a regularidades o derivan de la estructura del mundo.

A los conceptos históricos “... se los podrá también caracterizar como conceptos colectivos individualizadores, para distinguirlos tanto de los conceptos colectivos a que se aspira en las ciencias generalizadoras, como de los conceptos generales empleados en la historia como vías indirectas.” (Rickert, 1961: 63)

Los verdaderos conceptos científicos se reducen a una serie de leyes y su generalidad deriva de la necesidad de los juicios virtuales que los definen. Los conceptos toman de los fenómenos sus caracteres comunes por medio del análisis y no por la simple acumulación de experiencias. Tanto más perfecto es un concepto científico cuanto más se aleja de la intuición y por tanto, del dato sensible. Por lo mismo, lo individual, el fenómeno que se realiza en un punto del espacio y en un instante del tiempo, el acontecimiento puro con sus cualidades propias, escapará siempre a los conceptos de las ciencias de la naturaleza; su límite es infranqueable. (Rickert, 1961: 77) Es decir, que lo individual es inaccesible al pensamiento conceptual.

El verdadero problema no consiste pues, en concebir una ciencia que alcance al dato singular, sino en determinar una ciencia que, con ayuda de instrumentos generales, conserve de la realidad individual, más de lo que conservan las ciencias de la naturaleza.

“El ordenamiento o la disposición de un objeto dentro de su mundo circundante, tal como lo realiza el historiador, es, sin embargo, un procedimiento extraño al método de las ciencias generalizadoras. El ‘medio’ es

² Véase asimismo Rickert, H. (1965) *Ciencia cultural y ciencia natural*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 72 y ss.

siempre individual y es tenido en cuenta en su individualidad por el historiador. Es general únicamente en el sentido de que los individuos singulares colocados y ordenados dentro del mismo constituyen sus partes.” (Rickert, 1961: 55-56)

LA HISTORIA Y LOS VALORES

“El hecho de que los valores jueguen un papel importante en la ciencia, más aún, que sean principios de la conceptualización, parecería contradecir la esencia de la ciencia. Con todo derecho se le exige al historiador que represente las cosas lo más ‘objetivamente’ posible, y aunque ese objetivo no pueda ser alcanzado completamente, no deja de ser sin embargo, un ideal lógico. ¿Cómo concuerda con eso la afirmación de que las conexiones de sus objetos con valores pertenecen a la esencia del método histórico? ¿No debería acaso toda ciencia mantenerse libre de todos los valores salvo los puramente lógicos, so pena de dejar de ser ciencia?” (Rickert, 1961: 68)

Los valores no son, sin embargo, el resultado de apreciaciones o decisiones subjetivas (y por tanto *arbitrarias*). De ser así, no podría evitarse el relativismo tanto individualista como historicista. Rickert defiende una concepción objetiva y universal de los valores, es decir, la idea ya propuesta por Lotze, acerca de valores universales que son realizados en el curso de la historia. Frente a la postura del positivismo que apelaba a establecer una realidad libre de valores, que hiciera posible la aplicación rigurosa de los métodos naturalistas, Lotze concibe la idea de los valores como algo libre de realidad. “Tal concepción le permitió circunscribir una zona a cubierto de cualquier invasión naturalista e introducir, de ese modo, la distinción entre el ser y el valer con su famosa afirmación, tan repetida como discutible, de que los valores no son sino que valen.” (Fronzizi, 1995: 50)

Pero nótese que la historia – según señala León Dujovne – aunque tiene mucho que ver con los valores, no es una ciencia estimativa, valorativa, sino que se limita a establecer lo que es (Dujovne, 1959: 199). Para la historia “... los valores no entran en consideración, sino en cuanto que son de hecho

valorados por sujetos y, por ende, en cuanto hay ciertos objetos que de hecho son considerados como bienes.” (Rickert, 1965: 134)

La teoría de los valores objetivos y universales permite, según Rickert, comprender que existe un posible enlace entre ciencias culturales y ciencias naturales. En efecto, en el reino de la ciencia natural, *la verdad* aparece como un *deber ser verdadero* y por consiguiente, como uno de los valores universales.

Pero dada la multiplicidad de los *sucesos históricos* en relación con el contenido de los *conceptos históricos*, no todo cuanto podría saberse de ellos es histórico, por lo que el historiador se ve forzado a seleccionar lo esencial. “Todo el mundo debe admitir que la historia no recoge ‘todo’ lo individual, sino únicamente lo ‘importante’, lo ‘interesante’, en síntesis, lo esencial en su representación. Pero ¿qué es ‘esencial’ si no hablamos de lo común a una pluralidad de objetos, como ocurre en la conceptualización generalizadora?” (Rickert, 1961: p.68). Debe existir pues, en la ciencia histórica, un principio que informe esa selección y modificación. Dicha selección es guiada por el interés que despierta en nosotros nuestro mundo circundante, es decir, que se guía por nuestras valoraciones. (Rickert, 1961: 64 y ss.)

Para comprender el pensamiento de Rickert en relación al conocimiento histórico “... es preciso prolongar en la ciencia histórica la actitud de la vida corriente” (Aron, 1969: 125). La historia tiene como objeto propio, individuos, vale decir, que organiza el universo histórico refiriendo su materia al mundo de los valores y sobre ese mundo infinito de las cosas sensibles, se erige un paisaje de individualidades significativas, valoradas y valiosas (personas, actos, objetos). Son precisamente los valores, los que permiten distinguir lo importante, lo significativo, lo interesante, de lo que no lo es. “...se trata, más bien, en el caso del historiador, de ‘valoraciones históricas’. Porque si el historiador decide que un hecho es ‘esencial o ‘importante’, significa que lo es para la posterior evolución histórica”. (Stern, 1963: 143). El *valor* cumple entonces, para la historia, la misma función que la ley para las ciencias naturales, permitiendo discernir lo esencial de lo secundario, lo interesante de lo superficial. Cada suceso alcanza su verdadera significación dentro de un

conjunto que, constituyendo una unidad más amplia, no por ello deja también de ser individual, singular, única, como el suceso en cuestión. Este último guarda, con el conjunto, una relación que es la de la parte al todo. Pero también este conjunto es recortado por el historiador de acuerdo con sus intereses, como una unidad de significación, es decir, de relación con los valores.

“Entre la inabarcable multitud de los objetos individuales, es decir, diferentes todos unos de otros, fijase el historiador en aquellos solamente que, en su peculiaridad individual, o encarnan valores culturales o están en relación con éstos; luego, de la inabarcable multitud que cada objeto singular le ofrece en su diversidad, elige de nuevo el historiador sólo aquellos rasgos en donde reside su significación para el desarrollo de la cultura, y en estos rasgos consiste la individualidad histórica, a diferencia de la mera diversidad. El concepto de cultura proporciona, pues, el principio de la selección de lo esencial, para la conceptualización histórica; ...” (Rickert, 1965: 127)

El recorte que el historiador realiza en el espacio - utilizando como criterio su relación con los valores - tiene el mismo alcance cognoscitivo que el que realiza en el tiempo; no necesita para ello ni de la idea moral del progreso ni de la idea metafísica de un devenir cuyo punto final sería a la vez meta y principio. Pero una vez cumplida esta labor de selección de un acontecimiento o su conjunto, debe buscar sus causas, sin que afecte el interés intrínseco de las mismas. Cualquier suceso accidental se incorpora a la narración en tanto sea *eficaz*, esto es, en cuanto que ejerza una acción sobre los objetos primarios de la ciencia. “... y la eficacia termina allí donde el historiador estima que es suficiente”. (Rickert, 1965: 142-143)

Singulares son por lo tanto, en el conocimiento histórico, el suceso, el complejo del que forma parte y su evolución; singular sería también la historia de la especie humana en su totalidad. Singularidad y generalidad se combinan en todas las ciencias. Generales son las palabras y conceptos que el historiador emplea; universales son asimismo los valores que organizan la historia, valederos para todos, si la ciencia pretende alcanzar la objetividad.

Frecuentemente el historiador utiliza conceptos *relativamente históricos*. Por ejemplo, cuando se interesa por temas como la condición del campesinado francés en el siglo XVI, se dice que la historia utiliza verdades generales, aunque su fin es lo singular. Mientras que el naturalista busca la constancia de las leyes, el historiador se propone sacar a luz la novedad del acontecimiento. De este modo el fin del trabajo histórico no es otro, que la reconstrucción de la totalidad singular en su devenir irreversible.

La valoración histórica

Con el propósito de regularizar la objetividad de la historia, Rickert propone establecer una distinción entre *valoraciones prácticas* y la referencia teórica a valores (o *avaloración*).

“Tan seguro como es pues el hecho de que la cognición teórica y la valoración positiva o negativa constituyen dos procesos totalmente distintos, tan segura es también la distinción lógica y de principios entre la referencia a valores puramente teórica y la valoración, y tan seguro es que no se opone al conocimiento científico. /.../ el historiador como tal no valora sus objetos, en cambio sí se encuentra con avaloraciones tales como las del Estado, de las organizaciones económicas, de la religión, del arte, etc., como hechos a comprobar empíricamente...” (Rickert, 1961: 70)³

Si bien según Rickert es dable admitir hipotéticamente, que los valores puedan *valer* fuera de la naturaleza y del mundo humano, el historiador debe reconocer que éstos no se adhieren a las cosas sino por medio de los actos de seres dotados de inteligencia, capaces de adoptar una posición respecto de ellos. La historia, concebida como ciencia de lo real, como ciencia que se ocupa de las sociedades humanas, debe comprender que los valores que presiden la organización de la experiencia pueden ser, a la vez, los del historiador y los de la época en que ésta se desarrolla. Si dichos valores no coinciden con los de la

³ Véase asimismo Stern, A. (1963). *La filosofía de la historia y el problema de los valores*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 142-144

época en cuestión, el historiador deberá esforzarse por “simpatizar” (hacer propio lo extraño) con los valores que animaron los acontecimientos vitales de los hombres del pasado. “La unidad y objetividad de las ciencias culturales están condicionadas por la unidad y objetividad de nuestro concepto de ‘la cultura’ y ésta, a su vez, por la unidad y objetividad de los valores que valoremos.” (Rickert, 1965: 203)

Es preciso recordar que la valoración efectuada por el historiador no basta por sí sola para imprimir nivel histórico a los objetos de los que se ocupa; esto tiene lugar sólo cuando se refiere a los valores sociales (humanos) universales, es decir, valores aceptados por todos. Este postulado de Rickert acerca de que *lo históricamente esencial...debe serlo para todos*, es rebatido por Stern al señalar que desde el punto de vista del historiador, lleva aparejado un sistema de valores que no puede reducirse a los valores culturales de todo el mundo.

En síntesis, la historia es historia de los hombres; la vida histórica se halla dada siempre en la cultura humana, y esos valores que vuelven significativo un conjunto del pasado, han de ser universales, esto es, supra individuales, aceptados por todos los *centros históricos*; en una palabra, *sociales*. (Rickert, 1961: 86-87)

La historia, ciencia de la cultura

Rickert procura demostrar que el valor constitutivo del objeto histórico es el de la cultura.

“La religión, la Iglesia, el derecho, el Estado, las costumbres, la ciencia, el lenguaje, la literatura, el arte, la economía, y asimismo, los medios técnicos necesarios para su cultivo son, cuando llegan a cierto grado de desarrollo, objetos de cultura o bienes, exactamente en el sentido de que el valor en ellos residente, o es reconocido por todos los miembros de una comunidad o su reconocimiento les es exigido a todos./.../ Atengámonos pues, al concepto de cultura, que coincide por completo con el uso del lenguaje; es decir, entendamos por cultura la totalidad de los objetos reales en que residen

valores universalmente reconocidos y que por esos mismos valores son cultivados;...” (Rickert, 1965: 48-55).

A través de estas expresiones manifiesta cómo el conjunto de valores creados por la vida colectiva, constituyen la base para definir la historia como ciencia de la evolución de la sociedad humana, es decir, como ciencia de la cultura. Ésta representa la esencia y el conjunto de objetos que poseen significación para la realización de los valores generales en bienes, a los cuales se hallan adheridos,”... y que debido a la referencia a valores, necesaria y de validez universal, no pueden nunca ser representados exhaustivamente por medio de una ciencia generalizadora, sino que exigen la captación mediante una ciencia individualizadora.” (Rickert, 1965: 90)

De manera que formalmente la historia es ciencia de los individuos significativos, y materialmente, es ciencia de la cultura (Dujovne, 1963: 202), lo cual no quiere decir ciencia del espíritu. Esta última acepción puede resultar engañosa, porque si bien al estudiar los procesos culturales las ciencias históricas deben ocuparse de la vida espiritual, ello no significa que la historia se halle fundada en la psicología, ni siquiera en la nueva psicología propugnada por Dilthey

“... aún cuando una teoría psicológica, sea cual fuere su índole, consiguiera reducir a conceptos universales la totalidad de la vida anímica, no por eso nos sería dado un conocimiento de los procesos singulares, individuales. Si queremos explicar psicológicamente la naturaleza del ser psíquico, habremos de indagar sus leyes universales o buscar otros conceptos universales cualesquiera. Pero cuando queremos conocer ‘psicológicamente’ la vida del alma en la historia, lo que queremos es revivirla en su transcurso individual hasta donde sea posible conseguirlo; y si lo conseguimos habremos adquirido, a lo sumo, el material para una exposición histórica, pero no el concepto histórico del objeto en cuestión. El simple ‘vivir’ psicológico no es una ciencia, y, por otra parte, no puede ser elaborado, en el sentido de la generalización, para los fines del conocimiento histórico.” (Rickert, 1965: 103)⁴.

⁴ Véase asimismo Rickert, H. (1961) Ob. cit., pp. 85-90

Esta circunstancia es decisiva para la relación lógica entre la psicología y la historia, ya que conduce a establecer las diferencias formales y materiales que separan a las ciencias culturales como la historia. En la historia no es pues, la naturaleza lo que se contrapone al espíritu, sino el hecho al valor.

“Al igual que la categoría de naturaleza, la cultura, como suma de los fenómenos bajo un sistema de valores vigente, tiene un sentido trascendental – no dice nada acerca de los objetos, sino que determina las condiciones de la aprehensión posible de los objetos. Ello lleva aparejada la optimista suposición de que es posible deducir a priori un sistema de valores a partir de la razón práctica”. (Habermas, 1988: 85)

EL CAMPO DE LA SIGNIFICACIÓN

Entre la realidad y el valor se instaura un tercer campo: el de la significación, que nace de la relación entre hechos y valores. Rickert postula que comprendemos los hechos individuales al combinarlos en secuencias de causas y efectos o al integrarlos en ciertas totalidades (estructuras), actuando como elemento de unión la referencia a los valores, lo que convierte un objeto (hecho) dado en una *individualidad* histórica. Nos interesamos por individuos, cuando es el sentido el que los individualiza. La significación surge del acto del agente histórico que se define frente a un valor, y también del acto del historiador que une una materia neutra y un valor.

“Así como es posible afirmar con certeza que la referencia teórica a valores no es una toma de posición práctica, y que por ello es posible para el historiador abstenerse de todo juicio valorativo de sus objetos, así es también posible afirmar con toda seguridad que él mismo, también como historiador, debe ser de algún modo un hombre que valora, dentro del dominio de los valores a los cuales refiere sus objetos. /.../ ... en su labor debe no solamente reconocer como valor el fin científico que persigue, sino que toma posición, si no frente a sus objetos históricos mismos, por lo menos ante los valores

generales a los que refiere sus objetos en forma individualizadora.” (Rickert, 1961: 75)

La comprensión

¿Cómo alcanza el historiador a comprender su objeto, que no es otro que la vida psíquica de seres que toman posición con respecto a los valores? La realidad psíquica, que es el juicio del historiador, no se confunde nunca con su significación. Es cierto que las significaciones se viven, pero si la conciencia que comprende pertenece a cada uno de nosotros, las significaciones pertenecen a todos. Es el campo intermedio de la significación el que evita, a la vez, el psicologismo y la metafísica. Nadie puede revivir los estados de conciencia de otro, así como tampoco es necesario para explicar la comunicación entre seres individuales, recurrir a una visión común. Decir que los espíritus se comunican entre sí no significa otra cosa que decir que pertenecen al campo del sentido. Vale decir que el historiador puede comprender un gesto de tristeza de una persona, pero no porque comparta esa tristeza, sino porque comprende su sentido. La comprensión es pues, un acto de *simpatía*; se revive el significado vivido (por otro) y no la vivencia misma, que es intransferible. La comprensión interviene por lo tanto, una vez conocidos los hechos. “Aunque la materia de la historia comprende tanto lo espiritual como lo psíquico y lo físico, no por ello la historia deja de ser la ciencia de lo real; alcanza a una realidad significativa y no a una esencia espiritual” (Rickert, 1961: 76-90)⁵

El recorte de un objeto histórico con la medida de los valores, alcanza la misma objetividad que la determinación de lo general con la ayuda de la ley. En el nivel mismo de la objetividad empírica, el historiador encuentra objetos perfectamente delimitados. En cada cultura hay, por ejemplo, un conjunto de valores reconocidos por todos. Si ellos constituyen el sistema de referencia que

⁵ Véase asimismo Aron, R. (1969) *La philosophie critique de l'histoire*. París: Librairie philosophique J.Vrin, pp.126-135

el historiador utiliza, la historia será válida para todos los miembros de esa cultura. Pero para pasar de ese nivel empírico - al fin y al cabo contingente – al de la ciencia, es preciso admitir la existencia de valores absolutos (el equivalente de las leyes en la ciencia natural).

El sentido de la historia y la universalidad de los valores

Nadie puede negar la existencia de leyes de la naturaleza sin verse obligado a formular alguno de esos juicios necesarios cuya posibilidad pretende negar. La suposición de la existencia de leyes necesarias es pues, inevitable.

El mismo valor universal que tienen las leyes de la ciencia natural, tienen las hipótesis, necesarias para la ciencia histórica. No es posible por ejemplo, rechazar la universalidad de un valor como el de la verdad. La “validez de todo juicio, incluso del juicio de existencia - sostiene Rickert en su obra *El objeto de conocimiento* (1982) - se apoya en el reconocimiento de valores válidos, tales como la verdad” (Dujovne, 1963: 189).

Existe al menos una historia que tiene valor para todos: la historia de la ciencia. Por respeto a ella, la historia humana entera toma significado. Pero ello equivaldría a no atribuir significado más que a la evolución de la inteligencia manifestada en la ciencia.

La universalidad de los valores exige reconocer también el valor de aquello que es la condición de toda realización de valores, a saber: la voluntad autónoma. “...el objeto del conocimiento es, por sí, un juicio de valor, porque el conocimiento no es producto de una mecánica actividad intelectual, sino que, precisamente, merced al juicio, implica voluntad...” (Dujovne, 1963: 190). Esa voluntad es la condición, no solo de la ciencia, sino de todos los bienes, entre los cuales, el más formal, es el que garantiza la objetividad histórica, puesto que sin autorizar juicios de valor, asegura la relación de la realidad con los valores, sin precisar su contenido.

La universalidad atraviesa de la verdad a la libertad, y de ésta a todos los valores que la voluntad reconoce como normativos, alcanzándose de ese modo la historia real.

La relación con los valores individuales - aún cuando no sean universales en su materialidad - confiere a la vida de los individuos un valor universal. Esto equivale a decir que la historia de los hombres tiene un sentido para todos. Y puesto que la vida al servicio de los valores no es algo individual y arbitrario, la ciencia participa de la dignidad misma de los valores. No compete al conocimiento científico precisar cuáles son esos valores universales. El historiador toma los valores que utiliza de la materia misma y no tiene por qué buscar un principio suprahistórico.

La filosofía de la Historia

Según Rickert, las ciencias han ido colonizando paulatinamente distintas parcelas de la realidad, mientras la filosofía ha quedado reducida a un único objeto: los valores. La filosofía de la historia, como interpretación del devenir histórico, constituye una parte de esa filosofía conformada como *teoría de los valores*. De ahí que la historia resulte indispensable a la filosofía, pues ésta no podría inventar ni construir valores, sino únicamente observarlos en los bienes, sacar a la luz los valores implicados en la cultura real. El principio que anima e ilumina el conocimiento histórico, no es pues la búsqueda de leyes o de interpretaciones generales, sino el sistema de valores.

Por otra parte, el hecho mismo de la Historia, permite dar a los imperativos universales un contenido singular. El *deber ser* que se impone a todos, es realizado por cada uno de manera personal, sin que la universalidad se sienta amenazada, de modo tal que la diversidad histórica no conduce al relativismo.

A través de varias antítesis: persona - cosa, social - no social, contemplación - acción, Rickert determina las categorías fundamentales de valores (ciencia, arte y mística de una parte, moral, amor y religión de otra). Gracias a las oposiciones de la *totalidad infinita*, de la *particularidad acabada* y de la *totalidad*

infinita y acabada, fija los grados de una jerarquía eterna. Tal sistema es a la vez, cerrado y abierto: los cuadros son definitivos, pero el contenido es siempre provisorio, pues la realización de valores procede de la libertad del hombre.

Hasta aquí la lógica de la Historia, que es conocimiento de singularidades. A la filosofía de la Historia corresponde el análisis de los valores que los historiadores emplean para reconstruir el pasado. Sólo tiene que reclamar al sistema de la filosofía, sus resultados esenciales, para intentar una historia universal que sería una interpretación sistemática del pasado humano a la luz de los valores universales.

En lugar de comprender a las sociedades en sí mismas, la filosofía de Historia las mide según un criterio absoluto. Y una vez llevada a término, tal historia es a la vez, sistemática y singular. Poco importa que se trate de valores materiales o formales, con tal que sean valores universales. En este sentido puede decirse que la filosofía que postula una historia universal, tiene como misión, referir todo el contenido de la evolución cultural a estos valores formales, válidos independientemente del tiempo.

“Hubo que tomar consciencia aquí de modo expreso solo la esencia sistemática y al mismo tiempo críticamente valorativa del tratamiento filosófico del universo histórico, y esto solo puede quedar oscuro allí donde se confundan...ser real y ser irreal, realidad y valor, o donde, debido a la desconfianza reinante para con una filosofía científica de los valores, solo se ose aplicar veladamente los supuestos axiológicos previos que se utilicen a fin de dar la apariencia de un tratamiento puramente ‘contemplativo’, vale decir, libre de valores.

La búsqueda de los supuestos axiológicos previos, y la comprobación de su necesidad absoluta como principios, se toma una imperiosa obligación para la filosofía, especialmente debido a la oscuridad y nebulosidad (hoy en día tan difundida) que reina en ese campo. Quizá se rechace también todo reconocimiento de valores formales como universalmente válidos, pero entonces deberíamos dejar claramente establecido que con ello nos quedamos atascados en el historicismo, es decir, en el nihilismo, y que no puede hablarse siquiera de un tratamiento filosófico de la historia universal.” (Rickert, 1961:137)

Es propio del historiador referir los hechos históricos a los valores, tal como acontece en la cultura que estudia. Pero sobrepasar ese límite para pronunciarse sobre el contenido mismo de los valores – lo que equivaldría a emitir juicios de valor sobre ellos -, implica renunciar a la objetividad. Por lo mismo, la Historia objetiva es siempre parcial. El historiador se esfuerza por encontrar los valores propios de la comunidad que estudia, de modo que los ideales del pasado se transformen en principios de una comprensión y de una selección retrospectiva.

Junto a la labor del historiador, la filosofía es capaz de edificar un sistema de valores universales, y gracias a ello es posible una historia universal, aunque orientada únicamente hacia el pasado, prohibiéndose a sí misma cualquier hipótesis sobre el porvenir. La Historia universal es una filosofía del devenir, no un conocimiento de la realidad: una interpretación del pasado a la luz de las ideas. (Rickert, 1961: 127 y ss.)⁶

REFLEXIONES FINALES

Sin duda todos los aspectos que aborda Rickert con respecto a la significación de los valores, debieran ser objeto de un exhaustivo análisis, que excede las posibilidades del presente artículo. No obstante, quisiéramos resaltar algunas consideraciones en relación a los ejes centrales de su teoría.

Cabe señalar en primer término, la oposición de Rickert por una parte al dogmatismo y por otra, al escepticismo, al relativismo y al historicismo. Al dogmatismo le reprocha falta de crítica, sin la cual no pueden establecerse bases epistemológicas firmes. Su argumentación en contra de las otras dos tendencias se centra en su ignorancia acerca de la universalidad de los valores. Se opone asimismo, tanto al pragmatismo (que se negaba a reconocer el carácter universal y objetivo de los valores), como a la llamada *filosofía de la vida* (la cual declaraba arbitrariamente la vida como valor supremo). Contra

⁶ Véase asimismo Aron, R. Ob. Cit., 135-138

estas tendencias Rickert pone de relieve la superioridad de la *cultura objetiva* y proclama la necesidad de que los valores vitales *inferiores* se subordinen a los espirituales *superiores*. Habrán de ser precisamente los *valores culturales* los que permitirán ubicar a la historia en la categoría de *ciencia individualizadora de la cultura*.

En cuanto Rickert utiliza la noción de valor para caracterizar la cultura frente a la naturaleza, sus observaciones son, sin duda, muy útiles y estimables para la determinación de los rasgos y del ámbito del conocimiento histórico.

Las ideas de Rickert sobre la lógica y la metodología del conocimiento histórico tienden - entre otras cosas - a ser una justificación de la historia como ciencia de un sector de la realidad empírica, pero tan legítima y válida como la ciencia de la naturaleza, porque lo peculiar de la historia del conocimiento deriva de lo peculiar de su objeto de estudio.

Para Rickert la peculiaridad de esta ciencia cultural, en comparación con la ciencia natural, consiste en que las acciones humanas no pueden separarse de la valoración. Esa referencia a los valores constituye la base para establecer relaciones causales que, sin embargo, se limitan a las causas que motivan las acciones humanas. Para explicar las acciones humanas el historiador debe unir la acción concreta (o sus resultados) con el sistema de valores del agente que motiva tal acción.

El plano de los valores es para Rickert el plano transcendental. El interrogante acerca de la universalidad de los valores es equivalente a la pregunta sobre el sentido de la historia. Si ese sentido resulta de la relación entre actos y valores, es decir, si hay valores universales, entonces la historia humana tendrá para todos una significación.

Podría decirse que la filosofía de Rickert es, en definitiva, una filosofía de la cultura, una filosofía de los valores y una teoría de las concepciones del mundo, que sustenta la existencia de una estructura lógica de la ciencia histórica y, en particular, la esencia de un método referido a valores, que deriva de los fines formales de la historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARON, Raymond (1969): **La filosofía crítica de la Historia**. París: Librería Filosófica J. Vrin

DUJOVNE, León (1959): **Valor e historia en el pensamiento de Rickert**. Buenos Aires: Paidós

FRONDIZI, Risieri (1995): **¿Qué son los valores? Introducción a la axiología**. México: Fondo de Cultura Económica

HABERMAS, Jürgen (1988): **La lógica de las ciencias sociales**. Madrid: Editorial Tecnos

RICKERT, Heinrich (1965): **Ciencia cultural y ciencia natural**, Madrid: Espasa Calpe

RICKERT, Heinrich (1961): **Introducción a los problemas de la filosofía de la historia**. Buenos Aires: Nova

STERN, Alfred (1963): **La filosofía de la historia y el problema de los valores**. Buenos Aires: EUDEBA